

OCHOA DE ERIBE, Javier Esteban. *Discursos civilizadores. Escritores, lectores y lecturas de textos en euskera (c. 1767-c. 1833)*. Madrid: Sílex Universidad, 2018, 630 pp.

Dos poderosos motivos parecen haber propiciado el meticuloso trabajo de Javier Esteban Ochoa de Eribe. En primer lugar, un impulso por unificar en un mismo volumen el catálogo de obras impresas en Vizcaya, Álava, Guipúzcoa y Navarra entre 1767 y 1833, empresa a la que otros filólogos e historiadores se han acercado tan solo aisladamente. En segundo lugar, la necesidad de traducir el pasado, de hacer legibles las tensiones entre el hombre de los siglos XVIII y XIX y los objetos culturales que producía. Partiendo de estos dos presupuestos, la muy necesaria revisión que propone Eribe de esta producción literaria local pasará revista a textos que no pueden sino ser interpretados en el marco de las relaciones sociales, políticas y religiosas entre sus autores y sus receptores, los llamados *discursos civilizadores*.

Estos discursos en euskera, aunque con ineludibles características propias, serían producto de las corrientes civilizadoras y divulgativas que recorrieron la Europa de la segunda mitad del siglo XVIII en un intento por educar y refinar las costumbres de la población o, en palabras de Eribe, «instaurar un modelo de sociedad en múltiples ámbitos en un mismo tiempo, en lo que se juzga una realidad armónica» (p. 26). De esta manera, en función del ámbito que abarque el texto, así como de la ideología de su autor y del nivel sociocultural del receptor al que se dirija,

estaremos ante diferentes fórmulas discursivas que, aunque permeables entre sí, toleran sin problemas ser clasificadas como ramificaciones de una misma pulsión civilizadora. Así, el estudio de los trabajos de hombres de letras jesuitas como Agustín Cardaberaz y franciscanos como J. C. Echeverría revelará la formidable vigencia del discurso *misionnal* o evangelizador vascuence. Por su parte, el acercamiento a la obra moralizante *El borracho burlado* del conde de Peñaflorida nos ofrecerá una visión del teatro como idóneo tablado para la propagación de textos edificantes y excelente muestra de la variante *ilustrada*. Por último, la cuidadosa disección del grupo de Abando y su politizada producción textual de principios del XIX se correspondería con la alternativa *castiza* del discurso civilizador.

Así pues, el estudio de Eribe quedará dividido en dos partes: la primera consistirá en una aproximación a las diferentes formas de los discursos misionnal e ilustrado de finales del siglo XVIII y la segunda nos introducirá en una realidad cada vez más politizada que propiciará el florecimiento de las primeras manifestaciones castizas, ya en los albores del siglo XIX y del inminente fervor nacionalista romántico.

Tras un preámbulo que servirá de demarcación espacio-temporal de su objeto de estudio, en el segundo capítulo se nos conducirá al mundo editorial vascuence de mediados de siglo XVIII, donde los escritos de temática religiosa abarcaban una buena parte (si no la totalidad) de los impresos en euskera en las tres provincias y Navarra. Estos datos, reforzados con los gráficos y las tablas de elaboración del propio

Eribe, esbozan una situación de preponderancia absoluta de la producción religiosa sobre cualquier otra temática. De esta manera, entre 1750 y 1799 el porcentaje de textos de temática religiosa impresos solo en Navarra alcanzó un muy notable 38% sobre la producción total. Estos datos tan significativos se complementan con un cuidadoso examen del contexto religioso y social del momento, tan propicio para la producción del discurso misional, que encuentra en la orden jesuita un punto de referencia ineludible para las letras vascas. Entre los autores más destacados, Eribe se detiene especialmente en Sebastián Manuel Mendiburu y Manuel Larramendi, cuyo paso por el colegio de Loyola será clave según Eribe para justificar su influencia y prolijidad como evangelizadores en euskera al facilitar fructíferas amistades con la élite vasca. Loyola se revelará en un punto de obligada referencia a la hora de acercarse a estos textos pues el tránsito de estos hombres de letras por el colegio «pareció servir de acicate para la promoción de un proyecto de creación literaria para la correcta evangelización en vascuence» (p. 123). Entre los temas más recurrentes en la producción religiosa Eribe señala los catecismos, los libros del bien vivir y morir y los libros compilatorios, en los que se incluían rosarios, novenas y otros rezos. El grueso de la producción misional iba dirigido a los labradores, hombres de campo cuyo modo de vida era «óptimo para evitar las tentaciones, por lo que debían aprovechar esa oportunidad para la salvación de su alma» (p. 156).

Con el cambio generacional el legado de Mendiburu y Larramendi,

maestros indiscutibles en la prédica jesuítica, será continuado por sus discípulos que posibilitarán el auge de los trabajos misionales en las prensas vascas. Sin embargo, las tensiones políticas entre los jesuitas y el poder real durante las décadas de los sesenta y setenta supondrán un duro golpe para las imprentas vascas y un consecuente declive del discurso civilizador misional.

El resto de capítulos de la primera parte estarán dedicados al discurso ilustrado: si en el tercero se nos introduce a la figura del conde de Peñafloresta, cultivador más prominente de esta temática; en el cuarto se nos revelarán las nada desdeñables incursiones del clero en esta variante, y se concluirá en el quinto con «la inversión del discurso ilustrado» (p. 255) en el *Peru Abarca*.

Eribe contemplará en Peñafloresta el paradigma del notable local que con su comedia profana *El borracho burlado* pretendía denostar los vicios del vulgo para vindicar la importancia del trabajo. Si bien la reforma del teatro supuso un objetivo esencial para la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, el espectáculo del que parece beber Peñafloresta en su comedia no es tanto este como de los sainetes y las tonadillas, «composiciones de carácter popular, cantadas al igual que la ópera» (p. 191). Eribe señala la contradicción que esto supone, sobre todo al comprobar que *El borracho burlado* se representaría a puerta cerrada siguiendo las huellas del teatro aristocrático europeo.

Las dos características a las que Eribe parece prestar más atención en su estudio, el mensaje civilizador de los textos y la importancia de las relaciones sociopolíticas en su producción

y recepción, reaparecen con fuerza en los intensos contrastes entre *El borracho burlado* y el *Peru Abarca*, de Juan Antonio Moguel, primera novela en euskera. Si los discursos misionales a los que ya hemos pasado revista y la obra de Peñafloreda situaban a las élites como espejo de virtud frente a las clases populares, el *Peru Abarca* parece dignificar la denigrada imagen del populacho y rescatar la virtud de las clases desfavorecidas dándole a los más altos estratos de la sociedad un piadoso ejemplo a seguir.

Al inicio de la segunda parte, los capítulos sexto y séptimo tratarán la noción de la creciente politización de los discursos civilizadores. El grupo de Abando en este sentido no solo supuso una revitalización de las prensas bilbaínas, sino que también serán saludados como los iniciadores de la recuperación de la tradición y las costumbres vascuences. Entre los objetivos que parecen marcarse en sus textos de tónica realista y antiliberal están la difusión del cristianismo en los sectores populares y la erradicación de las conductas viciosas, en especial de la ebriedad, considerando el vino como un elemento nocivo para los hombres virtuosos; pero, por encima de todo, pretendían proteger y defender el uso del euskera. Eribe señalará como los cuatro nombres claves de Abando (Pedro José Astarola, Vicenta y Juan José Moguer y José Pablo Ulíbarri) contribuirán a una triunfal recuperación del dialecto vizcaíno, simplificando su discurso (heredero del contrarrevolucionario) a fin de que la difusión de los valores tradicionales alcance con éxito a las clases populares, para lo que la

utilización de difusores y transmisores cercanos al público rural se volvió una práctica tan común como exitosa.

Finalmente, los capítulos octavo y noveno se acercarán a la difusión por escrito de cánticos y danzas tradicionales de Guipúzcoa. Eribe se aproximará a las ilustres figuras románticas de José Vicente Echegaray y Juan Ignacio de Iztueta como divulgadores de este nuevo modelo de discurso civilizador; sin embargo, su estudio parece comportar ciertos riesgos pues «el discurso de ambos se antoja especialmente participativo por lo que parte importante de nuestro análisis se centrará en identificar quienes cantaron sus canciones o bailaron sus bailes y qué entornos» (p. 394).

Una vez más las tensiones entre el entorno y el texto funcionan como un elemento hartamente revelador a la hora de analizar los discursos. Los bailes eran una práctica común a todos los estratos sociales pues, en contraste con el desprecio que hacia estos espectáculos profesaban las viejas élites, las modernas carecían de reparos en divertirse con ellos. Echegaray compilará una heterogénea colección de villancicos y versos carnavalescos con alegres alusiones a sectores modestos de la población (entre los que se cuentan albañiles, carpinteros y cabreros) junto a cánticos religiosos en euskera firmados por misioneros y nobles. Iztueta, por su parte, evocará un pasado en el que las diferencias sociales se diluían en el gozo del baile, pues llega a señalar que «el propio alcalde y su familia participaba también en los bailes populares los días de fiesta, haciéndose ver ante todo el pueblo» y en referencia a los bailes

privados de las élites que «ni son ni serán comparables a los nuestros que, de día, tienen lugar en las plazas públicas» (p. 408). De especial relevancia será la colaboración de Iztueta y Pedro de Albéniz, que sirvió para arrojar luz a las antiguas danzas guipuzcoanas de las que, a ojos de Iztueta, tanto las clases populares como las élites parecían haberse olvidado sumiéndolas en la inmoralidad, las primeras en vulgares danzas públicas y las segundas en secretas perversidades a puerta cerrada.

Si el repaso de Eribe a la producción en euskera de discursos civilizadores logra trascender el ámbito local es por su pormenorizado análisis de las complejas relaciones sociopolíticas

bajo las que se gestaron estos textos. A pesar del contexto exclusivo de Guipúzcoa, Álava, Vizcaya y Navarra, los intereses que llevaron a dar a la imprenta escritos con un calado social tan intenso pueden extrapolarse, hasta cierto punto, al resto de la Península, donde las tensiones sociales se desarrollaron de manera muy similar. Bien se contemple como cuidadoso análisis de la tradición civilizadora en euskera, bien como testimonio del impacto del *zeitgeist* dieciochesco en unas coordenadas concretas, el trabajo de Eribe se revela en un muy necesario estudio que trasciende las fronteras que se impone.

Pablo Martín González